

RECENSIONES

HAAS, ERNST B.: *The Uniting of Europa: Political, Social and Economical Forces, 1950-1957*, Londres, Stevens & Sons Limited, 1958, XX más 552 págs.

Se sabe que, para sobrevivir en un mundo en transformación, Europa debe unirse.

Parejamente, es conocido que a fin de cimentar tal unión, el poder supranacional resulta la garantía más segura para resolver los inmensos problemas que se le presentan al Viejo Continente.

Tras esas insoslayables evidencias, nos topamos con otra realidad incuestionable: al fraccionamiento del Continente europeo en Estados nacionales sucede una división en Comunidades distintas. Como ha escrito Wigny, es un mal necesario, pues el difícil problema de la integración europea no puede ser resuelto progresivamente más que por la adición de soluciones parciales.

Pues bien, constituye otro hecho innegable que, después del dramático rechazo de la C. E. D., en 1954, la unificación europea no ha podido proseguir sobre las bases definidas en Mesina, en 1955, más que gracias al elocuente éxito conseguido por la C. E. C. A. tras algunos años de existencia.

¿Qué queremos subrayar con esa indicación? La valía de la acción de la C. E. C. A. como ejemplo a tener en cuenta.

A pesar de las inciertas bases de su partida, a pesar de los obstáculos debidos a la misma naturaleza de la integración parcial, a pesar de los ataques—solapados o abiertos—de los escépticos de los primeros momentos y de los adversarios permanentes y tenaces, la C. E. C. A.—como numerosas publicaciones lo han testimoniado—ha sido, al menos, un éxito parcial muy significativo, y tal éxito constituye un constante *pe-ligro para los egoísmos nacionalistas*.

Y, en esta coyuntura, no han faltado quienes han salido al paso de la política del *caballo de Troya* contra las instituciones europeas, encaminada a destruir desde el interior lo que no se ha conseguido abatir desde el exterior... En esta directriz de llamada al buen sentido puede citarse el trabajo de F. Vinck aparecido en el número de febrero-marzo de la revista "Synthèses", de Bruselas (*La C. E. C. A. dans la tourmente*, págs. 135-147).

Desde luego, hay margen suficiente para columbrar una orientación de crítica fría e irónica, contra la experiencia de la C. E. C. A. Pensemos en el artículo de "XXX" en la "Revue Française de l'Energie" del mes de noviembre.

¿Qué deducir de todo lo antedicho? El interés de una estimación ponderada de la C. E. C. A., el interés de un balance de los elementos positivos y negativos de la vida de esta Comunidad europea.

Por tanto, nos llega en buena hora la obra de Haas.

* * *

El volumen se divide en tres partes:

- 1.ª *Integración: ideología e instituciones.*
- 2.ª *Procesos de integración al nivel nacional.*
- 3.ª *Procesos de integración al nivel supranacional.*

En la primera sección se estudian los temas *Comunidad e integración* (definiciones de Comunidad política y de integración política; el europeísmo como doctrina; la C. E. C. A. como institución europea); *la naturaleza de la supranacionalidad*; y *el mercado común en marcha* (con

RECENSIONES

perfiles que van del establecimiento del mercado común a la cuestión *C. E. C. A. e integración europea*).

En la parte segunda, Haas pasa revista a la acción de los Partidos políticos en Francia, Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Gran Bretaña, y analiza el punto de una *mayoría europea*; estudia la posición de la industria, en los mencionados países; frente a la integración europea; comenta la postura de los movimientos sindicales, y se refiere a la conducta de los Gobiernos miembros.

El tercer apartado enfoca, en cerca de doscientas cincuenta páginas—aproximadamente, la mitad de la obra—, la dinámica de la *C. E. C. A.*: desde la lógica de la expansión de la integración por sectores a las nuevas formas de cooperación intergubernamental.

Ocho páginas ocupan la bibliografía utilizada, distribuida en varios apartados; bibliografías y manuales; documentos de la *C. E. C. A.*; documentos de otras Organizaciones internacionales europeas; documentos de los Gobiernos nacionales; y fuentes *secundarias* (libros y artículos).

Una detenida lectura permitirá comprobar la ausencia de algunos estudios de real interés. Pero, ante la plétera bibliográfica sobre el tema de la *C. E. C. A.*, no cabe deducir un enjuiciamiento adverso. Notas a pie de página rinden un claro servicio. Aquí es de mencionar la utilización a fondo de las publicaciones de la Comunidad. A nuestro entender, matiz resaltable. Un *índice completa la obra*.

Con este estudio Haas y la "Biblioteca de asuntos mundiales del *London Institute of World Affairs*" han cumplido fielmente un notable cometido. Singularmente interesantes son los capítulos consagrados a la conducta de los Partidos políticos y de las asociaciones industriales y sindicales respecto a la integración europea en el período 1952-1957. Ofrecen una *novedad* en el enfoque de estos asuntos.

Por otro lado, cabría también destacar el valor paradigmático de las *ayudas* recibidas por el autor del libro, eficaces y reales (no simbólicas)—tradicionales en el mundo estadounidense, en donde se redactó la obra—. En muchos sentidos, estas facetas son encomiables.

* * *

Ante las singularidades del panorama internacional—actual y en perspectiva—puede observarse que el porvenir pertenece a los *grandes espacios económicos*—nos agrade o nos desagrade—y no a las economías artificialmente *compartimentadas*. Ciertamente —según anota Vinck—es característico de una cierta opinión antieuropea el negar, de modo sistemático, toda posibilidad de éxito a las instituciones supranacionales. Pero resulta no menos cierto que es tiempo de que la *élite* de Europa tenga conciencia del peligro que representa para la existencia del Continente un determinado número de crisis anclados en el pasado sin eficacia en el presente y miopes ante el futuro, plétórico de arriscadas *cargas* para el Occidente...

Léanse libros como el de Haas. Léanse. Y no como obligación del dedicado profesionalmente a estos menesteres. La apelación es más extensa, muy amplia. No en vano *la révolte des barbares* atrae la atención de los oteadores de los problemas contemporáneos.

Es preciso reconocer que, desde la segunda guerra mundial especialmente, los occidentales nos encontramos en posición de ciudadela asediada (*André Devyver*). Véase cómo en las conferencias internacionales hay un punto sobre el que *todos* los pueblos de color están de acuerdo: el odio profundo, físico, hacia el hombre blanco. Así lo asegura Denis de Rougemont. ¡Cautivadora aseveración! Por supuesto, odio compuesto de muy diferentes ingredientes que no tocamos ahora...

Terminamos. Si bien los pródromos del *declive* occidental son visibles, no nos encontramos al término de nuestra evolución. Hay índices, no menos visibles, para opinar de esa manera. Pero, desde ahora, es la unidad el problema primordial para hacer frente a la presión exterior.

De los peligros internos, urge evitar el *cisma de las almas*. Y dentro de ello—se mire como se mire—se halla la comprensión de nuestros problemas, de los cuales la *C. E. C. A.* integra una faceta...

LEANDRO RUBIO GARCIA.

MEHNERT, KLAUS: *Der Sowjetmensch. Versuchs eines Porträts nach zwölf Reisen in die Sowjetunion 1929-1957*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1958, 497 págs.

Cuando después de la segunda guerra mundial empezaron a percatarse en el Occidente de que la alianza bolchevique iba convirtiéndose en amenaza, cobraron nuevo auge los estudios psicológicos-políticos-sociales del "homo sovieticus", ese factor decisivo de las futuras relaciones internacionales. Naturalmente, sólo entre estrechos límites pudieron aplicarse los métodos demoscópicos, a saber, entre los refugiados, que facilitaron un conocimiento mediato del "homo sovieticus" a través del "sub-sovieticus" (1). En los más casos apoyáronse en las experiencias personales de ex prisioneros de guerra (2), periodistas (3), ex comunistas (4) y emigrados (5), y también en las investigaciones documentales de especialistas occidentales (6).

El retrato del hombre soviético que esboza el autor alemán, nacido en Moscú, se compone también de retazos anecdóticos, un sinnúmero de impresiones personales, pero con la particularidad de que Mehnert nunca ha sido ni comunista ni prisionero

de los rusos, en cambio ha viajado por la U. R. S. S., entre 1929 y 1957, en doce ocasiones y con una notable libertad de movimiento. Con el presente libro, que durante semanas se situaba en segunda posición, tras el "Jivago" de Pasternak, en la lista de los "best sellers" de Alemania y que se encuentra en camino de superar el éxito de "Asia, Moscú y nosotros" (7), quiso "contribuir a la comprensión de la población soviética, del hombre, no del Estado o del Partido". Su pregunta por la eficacia del magno experimento psicosocial, —¿es el hombre modelado por este régimen más hombre o más soviético?—, más que desde el punto de vista del hoy, nos interesa por el mañana, cuando en el Kremlin regirán, no los padres y los hijos de la Revolución, sino sus nietos y bisnietos.

Frente a las tesis extremas "el hombre soviético no existe, sólo hay el ruso" y "el hombre soviético es un hombre nuevo tal como nunca ha existido en la Historia", establece el autor la ecuación: Hombre soviético = Ruso — X + Y; es decir, sus consideraciones parten del ruso tradicional que perdió unos rasgos característicos y adquirió otros durante los cuarenta años del dominio bolchevique.

No queremos dejar de transcribir algunas de las conclusiones de Mehnert, quien caracteriza su actitud de observador como "objetiva, pero no neutralista".

El ruso de hoy es más moderno y disciplinado que sus antepasados, un trabajo agotador absorbe sus energías, la imprevisible espontaneidad e impulsividad cedieron el puesto a la constancia y disciplina de la vida laboral regida por la planificación. Este fenómeno, así como la *transformación de la familia* en algunos aspectos, —hoy es más pequeña, menos religiosa y patriarcal—, no pueden atribuirse exclusivamente al régimen comunista, ya que se encuentran casos análogos en otras sociedades que experimentaron semejante proceso de industrialización, modernización y urbanización.

La *postura antifamiliar del régimen* no debe de haber cambiado en el fondo, aun-

(1) Project on the Soviet Social System, del Russian Research Center de la Universidad Harvard, y su evaluación en Bauer—Inkeles—Kluckhorn: *How the Soviet System Works*. Cambridge, Mass., 1957.

(2) Klaus Ackermann: *Das Land der stummen Millionen*. Tübingen, 1951. Wilhelm Starlinger: *Grenzer der Sowjetmacht*. Kitzingen, 1953. Bernhard Roeder: *Der Katorgan. Traktat über die moderne Sklaverei*. Colonia; Berlín, 1956.

(3) Hermann Pörzgen: *So lebt man in Moskau*. Munich, 1958.

(4) Susanne Leonhard: *Gestohlenes Leben. Schicksal einer politischen Emigrantin in der Sowjetunion*. Francfort del Mein, 1956.

(5) Fedor Belov: *The History of a Soviet Collective Farm*. Nueva York, 1955.

(6) *Through the Glass of Soviet Literature, Views of Russian Society*. Ed. by Ernest J. Simmons. Nueva York, 1953.

Jules Monnerot: *Sociologie du Communisme*. París, 1949.

Existen además numerosos trabajos monográficos sobre la familia, vivienda, condiciones de vida del obrero, jurisprudencia, milicia, etc.

(7) Klaus Mehnert: *Asien, Moskau und wir*. Stuttgart, 6.ª ed., 1958.

que haya reconocido que necesitaba esta célula autónoma y no del todo controlable. La campaña anunciada por Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista en pro de la construcción de internados para millones de alumnos puede ser interpretada como un nuevo voto de desconfianza contra la familia.

La *sociedad soviética* ha entrado en un período de aburguesamiento, si bien la "nueva clase" analizada por Djilas (8), la de los funcionarios del Estado y del Partido, no es una burguesía en el sentido occidental de la palabra (9). Es obvia la discusión sobre si el país de los soviets es un Estado clasista o no; de hecho constituye la sociedad soviética una pirámide social con estratos claramente diferenciados de los que la gente no es menos consciente que en la Rusia imperial.

De lo que se suele considerar como "típicamente bolchevique" y, efectivamente, es propio de los funcionarios del Partido y sus congéneres, de aquella pasión fría y calculadora del fanático, para el cual el fin santifica todos los medios, encontró Mehnert bien poco en la inmensa mayoría de los rusos. El hastío de la propaganda y la indiferencia ante las consignas políticas parecen ser rasgos sobresalientes del hombre soviético de hoy. No implica esto que no acepte la omnipotencia del Estado y su competencia exclusiva para disponer de los medios de producción. Sin embargo, aun reconociendo la aspiración del Estado a realizar la ley teóricamente establecida del progreso del capitalismo hacia el comunismo pasando por la etapa socialista, no se ha convertido todavía al bolchevismo. El hombre soviético desea un Estado "bueno", sin saber cómo, con qué medios podría impedir que sea "malo". El descontento existente en casi todos los sectores no se plasma en la formulación de demandas; los campesinos, por ejemplo, quieren librarse de la camisa de fuerza koljosiana, pero apenas si tienen ideas sobre la futura estructuración, y la exigencia de las libertades cívicas es más débil precisamente allí donde más resistencia activa cabría esperar. Por ello fué un acierto de las organizaciones de la emigración rusa el redac-

tar las reivindicaciones populares en la etapa actual para ser difundidas en la U. R. S. S. (10).

La enorme paciencia y capacidad de sufrimiento del pueblo ruso, así como su tradicional acatamiento a la autoridad estatal, dejan poco margen a la probabilidad de que el hombre soviético se rebelde sólo porque personalmente le vaya mal; además el grado del descontento económico y profesional no origina una postura determinada frente al Estado. Tampoco se debe olvidar que muchos enemigos del bolchevismo se sugieren a sí mismos una visión más o menos positiva de la realidad circundante, porque de esta manera consiguen cierta paz interna que les hace más soportables las duras pruebas. Con todo, sólo la conclusión de que no se puede seguir tolerando la política bolchevique por ser catastrófica para Rusia, podría inspirar una rebelión abierta. El patriotismo es un fenómeno natural que existió mucho antes del comunismo, no se dejó demoler por él y terminó por ser aceptado como ideal, al lado del "internacionalismo proletario", a partir de la segunda guerra mundial, llamada "la gran guerra patriótica".

Los mismos bolcheviques—resume el autor—contribuyeron esencialmente a una evolución que nos autoriza a afirmar que, en términos generales, los habitantes de la Unión Soviética de 1920 estaban en mejores condiciones para vivir en el comunismo colectivista que el hombre soviético de hoy... Iniciaron una evolución que condujo a la realización de muchos fines próximos, alejándose al mismo tiempo cada vez más de su fin político último.

Los bolcheviques quisieron la industrialización y la consiguieron; sin embargo, también algo que no habían querido, un Estado clasista con su capa superior cada vez más consciente de sí misma, que a la primera oportunidad emprendió la tarea de fundamentar jurídicamente la seguridad personal de sus componentes. Como condición previa de la industrialización, los bolcheviques quisieron la elevación del nivel cultural general. Lo consiguieron mediante una campaña educativa extensa e intensiva que enseñó al pueblo a pensar,

(8) Milovan Djilas: *La nueva clase*. Barcelona. Buenos Aires, 1958.

(9) Alf Edeen: *Rysslands Nya Medelklass*. Estocolmo, 1954.

(10) V. Compte-rendu analytique du Congrès pour l'instauration de la liberté et des droits en Russie tenu à La Haye, du 25 au 27 avril 1957. S. I., s. a.

RECENSIONES

pero también a pensar por su cuenta. Finalmente, para alcanzar una sólida situación internacional, quisieron un orden interior estable, por ello tuvieron que favorecer a la familia, tan vituperada al principio, con el resultado de que hoy, millones de familias viven en la U. R. S. S. su vida propia, constituyendo células sólo en una medida reducida controlables por el poder estatal. En una palabra, el hombre soviético de hoy es más hombre que soviético, y pone de manifiesto unos rasgos que nos

permiten suponer que dentro de 10 ó 15 años no será tampoco "bolchevique".

Contrasta el autor sus observaciones personales y juicios subjetivos con fragmentos de la Prensa y Literatura rusa actual que transparentan la realidad soviética, creando así un libro sugestivo y apto para enmendar el concepto superficial y harto mixtificado del "hombre soviético", libro que saludaríamos gustosamente en una digna y correcta versión castellana.

ZOLTÁN A. RONAI.

